

Y dí: ¿ Si en todo lo que á ver alcanzas  
Hay tormentos, afanes y aficciones,  
Que puedan compararse á estas venganzas?

Caigamos pues en tierra, y abracemos  
Esta cruz de que tanto nos dolemos;  
Besemos esa mano que nos hiere,  
Que nos avisa, y que salvamos quiere,  
Adoremos un Dios que está despierto,  
Pero que tiene el corazon abierto,  
Que le amenaza, y el castigo emplea;  
Mas que siempre benigno é indulgente  
Pronto está á recibir al penitente,  
Porque salvar al peccador desea.

POEMA XVIII.

LA CONCIENCIA.

PARTE PRIMERA.

**E**n este mundo tan obscuro y vario  
Conocimiento no hay tan necesario,  
Como el conocimiento de sí mismo.  
El corazon del hombre es un abismo;  
Conocerle pues bien, y su conciencia,

Es lo que importa mas á su existencia,  
Pues de él depende la virtud ó el vicio,  
La rectitud ó falsedad del juicio.

La conciencia del hombre puede hallarse  
En cuatro situaciones diferentes,  
Y debe con cuidado examinarse  
Para huir de peligros inminentes:  
O es conciencia derecha, y es divina;  
O es dudosa, que no se determina;  
O errónea, que procede alucinada;  
O ciega en fin, que va precipitada.  
Si estas cuatro conciencias examina,  
Podrá hallar cada cual lo que es ahora,  
Y lo que debe hacer por su mejora.

La conciencia derecha es el juicio  
De la recta razon, la luz que muestra  
Lo que distingue á la virtud del vicio;  
Una voz interior, eficaz maestra,  
Que enseña lo que es malo y lo que es bueno,  
Lo que la ley permite, y lo que veda;  
Con la cual toda accion hace sereno,  
Porque ninguna duda no le queda.

Es la voz con que Dios se explica al hombre  
Y que nos habla en su divino nombre;  
Un rayo celestial, que al mortal rige,  
Que le alumbrá en su marcha, y le dirige:  
Tal es en general nuestra conciencia,  
Mientras el hombre guarda su inocencia,  
Y se conserva de la misma suerte.



Hasta que la malicia le pervierte.

Mas la conciencia de los pecadores

Es un espejo fiel, que representa

Sus pecados, sus vicios, sus horrores,

Y con un triste afan se los presenta ;

Es un libro divino incorruptible,

En que sabe grabar mano invisible

Los pecados que miseros hacemos,

Al mismo tiempo que los cometemos ;

Un tribunal secreto, que se erige

Dentro del corazon, y al alma rige,

Tribunal, en que el triste que ha pecado,

En el instante mismo está citado,

Y halla en él un testigo irrecusable ;

El testigo es el mismo miserable,

Qué léjos de poder hallar excusa,

Es él mismo el primero que se acusa.

Dios ha dado á los hombres la conciencia

Naturalmente recta, el juicio sano ;

Y miéntras le gobierna la influencia

De este farol divino y soberano,

No se puede perder en el camino,

Ni temer debe la menor desgracia ;

La conciencia ayudada de la gracia

Le lleva sin errar á su destino.

La conciencia dudosa es la que se halla

Como en una balanza suspendida ;

Ignora si tal cosa es permitida,

Y lucha en sí con interior batalla :

Por una y otra parte ve razones,

Que la causan contrarias impresiones ;

Pero no ve ninguna, cuyo peso

Incline la balanza con exceso :

En una fluctuacion tan absoluta

Queda indecisa, se halla irresoluta,

Sin que pueda jamas determinarse,

Por temor de pecar y de engañarse.

Jamas es permitido obrar con duda,

Y si alguno la tiene, es fuerza acuda

A buscar de la duda el vencimiento ;

Pero si debe obrar en el momento,

Si hallar no puede tiempo para instruirse,

Y es fuerza en el instante decidirse,

Entónces examina, considera,

Mirando á Dios con intencion sincera,

Lo que en aquella situacion urgente

Le parece mas justo y conveniente,

Y se decide á obrar, mas con protesta

De que despues, estando bien impuesta,

Se enmendará, si en algo se ha excedido.

Con intencion tan recta dirigido,

Y corrigiendo aquello en que se excede,

Si se pudo engañar, pecar no puede.

La tímida conciencia ó timorata

Es la del hombre, que constante trata,

No solo de cumplir toda justicia,

Y evitar del pecado la malicia,

Mas le ve con horror ; pues que le asombra



El peligro menor, la menor sombra,  
Del pecado una mínima apariencia :  
; O qué dichosa que es esta conciencia !

Hay conciencias que son escrupulosas ;  
Que siempre inciertas , siempre temerosas ,  
De inquietudes y sustos estan llenas ;  
Se crián dudas , y se forjan penas  
Sin ningun razonable fundamento.  
Este es para las almas gran tormento :  
Los escrúpulos son furias adversas ,  
Y vienen de tres causas muy diversas :  
O los envia Dios para probarnos ,  
Y debemos humildes sujetarnos ,  
Aceptandolos todos con paciencia ;  
O vienen del demonio y su influencia ,  
Y al momento debemos apartarnos ;  
O de nuestro carácter inconstante ,  
Que inquieto , receloso y vacilante ,  
No nos permite de la regla asirnos ,  
Y entónces es preciso confundirnos .

Mas tengan el principio que tuvieren ,  
Y vengán de la causa que vinieren ,  
El consejo mas sabio y mas prudente ,  
El que se puede dar únicamente  
Al que sufre tan mísera dolencia ,  
Es rendirse á una dócil obediencia ,  
Recomendarles sumision entera ,  
Y no juzgar por sí ; de otra manera  
Sufrirán una especie de martirio ,

Y se podrá aumentar este delirio  
Hasta el peligro de descaminarse ,  
Y quizá de perderse y descarriarse .

Si la conciencia en puntos de importancia  
Juzga de los objetos con falencia ,  
Y sigue el parecer de su ignorancia ,  
Entónces es errónea esta conciencia .

La conciencia dudosa está parada ,  
La duda la detiene , y la hace incierta ;  
Pero la errónea aunque se juzga cierta ,  
Pierde la senda , y va descaminada :  
Su error puede tal vez ser excusable ,  
Mas tambien ser pudiera muy culpable .

Muy culpable conciencia es la que tiene  
Penas y dudas , y á buscar no viene  
Medios de instruirse bien y de enterarse ;  
Para ponerse en regla y enmendarse ;

Excusable será si no ha tenido  
Motivos que á dudar la hayan movido .  
Un heredero goza de una herencia ,  
Que le dejaron sus antepasados ;  
Aunque fueran por ellos mal ganados ,  
Como él lo ignora , puede su conciencia  
Guardar la posesion con inocencia .

Mas si despues conocimiento adquiere  
De que en la adquisicion hubo injusticia ,  
Ya no puede guardarlos sin malicia ;  
Y si los guarda su conciencia hiere ,  
Porque ya debe instruirse francamente ;



Su conciencia es errónea y delincuente,  
 Su ignorancia es ya libre y voluntaria,  
 Y á la recta conciencia muy contraria.

Cuando el hombre no ciego, no ignorante,  
 Sino con vista clara y despejada,  
 Conociendo el error, marcha adelante,  
 Ya es entonces conciencia depravada;  
 Ya es corazon viciado, corrompido,  
 A su infame pasion prostituido;  
 Culpado, delincuente, detestable,  
 Y á los ojos de Dios abominable.

Este estado es fatal, el mas funesto  
 En que el hombre infeliz puede estar puesto,  
 Porque el que empieza así á descaminarse,  
 Debe por consecuencia abandonarse  
 A males, á pecados infinitos,  
 A todos los horrores y delitos;  
 Su espíritu se ciega, se entorpece;  
 Su corazon se seca, se endurece;  
 Y si Dios no le saca de este estado,  
 En el camino está de reprobado.

Aquel que estas conciencias considera,  
 Verá que solo es buena la primera,  
 Esto es, la que es derecha y está sana:  
 Como del mismo Dios su luz emana,  
 Nos produce divinas impresiones,  
 Y ejerce en nuestras almas sus funciones;  
 Ella nos ilumina, nos reprende,  
 Nos juzga, nos castiga, ó nos defiende.

Ilumina, porque es la primer regla,  
 Que todas las acciones nos arregla;  
 Es nuestro buen amigo, nuestra guia,  
 Que nos tiene perpetua compañía.  
 En las sendas del cielo numerosas  
 Hay sendas bien derechas y seguras;  
 Mas las hay diagonales, hay oscuras,  
 Y no pocas oblicuas y tortuosas:  
 Se pretende que al cielo todas guian,  
 Pero muchas engañan, y extravían.

### PARTE SEGUNDA.

**A** la recta conciencia pertenece,  
 Discernir cada cual segun merece.  
 Es el farol brillante que nos luce,  
 Y por la buena senda nos conduce;  
 Es la regla derecha que nos rige,  
 La nube celestial que nos dirige,  
 Nos muestra los estorbos su luz pura,  
 Los quita, y nuestros pasos asegura;  
 Ella preside á nuestros pensamientos,  
 Y regula por fin los sentimientos.

Como su luz divina es inmutable,  
 Y nos gobierna clara aunque invisible,  
 Es en sus decisiones invariable,  
 Y en todos sus decretos inflexible;  
 Jamas sabe aflojar, no disimula,  
 No sabe acomodarse, nunca adula,



Ni jamas se permite su constancia  
 Prestarse al tiempo ó á la circunstancia ;  
 Jamas temperamento, ni flaqueza  
 Que favorezca á la naturaleza,  
 Con la ley en la mano siempre austera,  
 Su expresion es tambien siempre sincera.

Feliz el alma que su voz escucha :  
 Feliz el hombre, que en la interna lucha  
 En que combaten vivas sus pasiones,  
 Se somete á sus justas decisiones,  
 Y no se aleja de su estrecha senda ;  
 Infeliz quien con ella está en contienda,  
 Y la obliga á que á veces se contriste ;  
 Mas infeliz que el que á su luz resiste.

Cuando nuestra conciencia está serena,  
 Y delante de Dios parece buena,  
 Dios está con nosotros ciertamente.  
 Si el mundo te creyera delincuente,  
 Y todos te acusaran con violencia,  
 Desde que no te acusa tu conciencia,  
 No se puede alterar tu dulce calma,  
 Y puedes disfrutar la paz del alma ;  
 Pues viendolo á la luz de la evidencia,  
 No es otra cosa el hombre ciertamente,  
 Que lo que juzga la divina mente :  
 Así en esta opinion no te seduces,  
 Pues el Señor nos juzga únicamente  
 Segun nuestra conciencia y nuestrás luces.  
 Nos reprende tambien con mucha fuerza ;

No hay conciencia en el mundo que se tuerza ;  
 Jamas cómplice fué de los delitos,  
 Antes con muchas voces, muchos gritos  
 Todos los abomina, los reprueba,  
 Y sentimientos de amargura prueba.  
 Desde que se extravia el albedrío,  
 O que cerca está ya del extravío,  
 La voz de la conciencia está á la puerta  
 De nuestro corazon, la encuentra abierta,  
 Y le grita de parte de Dios mismo :  
 A despeñarte vas en un abismo.

No te es lícito, no, te está vedado  
 Acabar esa accion que has empezado :  
 Rompe con amistad tan poco honesta :  
 Deten esa palabra descompuesta :  
 Arroja tan indigno pensamiento :  
 Calma de ese furor el movimiento :  
 No leas ese libro peligroso :  
 No veas ese amigo sospechoso :  
 Huye de ese paseo, de esa fiesta :  
 Huye de esa ocasion que te es funesta :  
 Ese pleito es injusto y temerario :  
 Ese contrato es vil, es usurario :  
 Esas galas ó muchas ó indecentes ;  
 Y si á pesar de avisos tan prudentes  
 Tu pasion no se para y va adelante,  
 La conciencia te grita en el instante  
 Con voz que manifiesta su despecho :  
 ¿ Qué hiciste, infeliz ? ¿ qué es lo que has hecho ?



Tú pecaste: á tu Dios has ofendido,  
 Traspasaste su ley, y ya has caído  
 En su cólera horrible; tu malicia  
 Va á sufrir el rigor de su justicia.  
 Peca David, y en el momento el grito  
 Oye del corazon, que su delito  
 Le muestra siempre á sus turbados ojos.  
 Pequé, dice, ¡ infeliz! y mi pecado  
 Siempre y por siempre contra mí está armado.  
 Apenas Cain mira los despojos  
 De su infeliz hermano, cuando siente  
 Tanto horror de su mano delincuente,  
 Que pronuncia, á pesar de sus enojos:  
 Mi iniquidad es grande, y la venganza  
 Es sin duda mayor que mi esperanza.  
 Hasta el pérfido Júdas ha entendido  
 El grito de la sangre que ha vendido:  
 Pequé, dice el traidor, y no reposa;  
 Pequé vendiendo sangre tan preciosa.  
 Este es efecto de la Providencia:  
 El pecador da cuenta á su conciencia,  
 Y el mal que él hace, de ella no depende;  
 Al contrario, le acusa; le reprende:  
 Tente, le dice, en medio de su vicio;  
 Resbalándote vas al precipicio;  
 La ley eso que quieres te prohíbe,  
 Y con pena de muerte te apercibe;  
 Ya Dios te mira con aspecto airado.  
 Nunca cayera el hombre en el pecado,

Si no opusiera fuerte resistencia  
 A la voz interior de la conciencia.  
 Ella nos juzga, pues al mismo instante  
 Que el pecador, que estaba vacilante,  
 Se arroja temerario en el pecado,  
 Tú pecaste, le dice, ya el infierno  
 Ha preparado tu lugar eterno,  
 En que sin fin padezcas reprobado:  
 Dios es quien la sentencia ha pronunciado.  
 La conciencia le sirve de instrumento,  
 Mas el juez soberano es quien la excita  
 A que el fatal decreto le repita;  
 Su propio corazon le ha condenado:  
 El conoce y detesta su pecado,  
 Confesando que es reo, que es culpable,  
 ¡ Juicio terrible! ¡ juicio inexorable  
 Y sin apelacion! cuya sentencia  
 Solo puede atajar la penitencia.  
 ¡ Ah! que es triste caer en un abismo  
 Y hallarse condenado por sí mismo  
 Sin poder alegar ninguna excusa.  
 Mas ¡ cuál ha de alegar cuando se acusa,  
 Cuando su corazon trae consigo  
 Su acusador, su juez y su testigo?  
 Desde que ya ha juzgado, ella se venga:  
 No hay nada que su cólera detenga;  
 Se diria que Dios la ha confiado  
 La pena y el castigo del pecado;  
 Que ha puesto entre sus manos la justicia,



Para que haga sufrir á la malicia,  
 Y que ministro suyo é inexorable  
 Le castiga severo é implacable.  
 ¡ Ah! ¡ con cuánto rigor, por cuántos modos  
 Esta dura funcion ejerce en todos!  
 Ya con remordimientos, que voraces  
 Rompen el corazon siempre tenaces  
 Con sus duros punzantes torcedores;  
 Ya con crueles gusanos roedores,  
 Que con activas incesantes sañas  
 Del pecador destrozan las entrañas;  
 Ya con la idea que feroz los sigue,  
 Con el susto que siempre los persigue;  
 Con el miedo, el espanto, los terrores,  
 Con el despecho en fin, y los furoros.  
 Si alguna enfermedad les sobreviene,  
 Tambien con ella el sobresalto viene,  
 Y con viva inquietud los amedrenta,  
 Pues la muerte á los ojos les presenta.  
 Si truena, si la tierra se estremece,  
 Al menor accidente que aparece,  
 Ya se imaginan que su Dios airado  
 Tiene el brazo contra ellos levantado,  
 Y huyen con pasos trémulos é inciertos,  
 Porque creen los abismos entreabiertos.  
 Cuando Dios sus justicias ejercita  
 Dentro del pecador, no necesita  
 De otro verdugo mas inexorable.  
 De vengador mas duro é indomable

Que el mismo torcedor de la conciencia,  
 Que se turba y agita con violencia,  
 ¿ Qué mas necesitó para el castigo  
 Del infeliz David, que ser testigo,  
 Con mortales y tristes agonías,  
 Del espectro sangriento con que Urías  
 En todas partes tan tenaz le sigue?  
 Y ¿ qué hubo menester cuando persigue  
 Al impío Baltasar, y le condena,  
 Sino un brazo invisible, que la pena  
 En las paredes de repente graba?  
 Y Antioco ¿ qué mas necesitaba  
 Que la imagen horrible de aquel templo,  
 Que impío profanó con mal ejemplo?  
 Sus tristes corazones padecian  
 Con los recuerdos que los remordian,  
 Y sola la memoria de sus vicios  
 Hacia sus infiernos y suplicios.  
 Bien sé que hay pecadores insensibles,  
 Que en medio de desórdenes terribles  
 Gozan de falsa paz; pero ¿ qué es esto  
 Sino hallarse en estado mas funesto,  
 En situacion peor que no la muerte,  
 Estar completa su infelice suerte,  
 Verse de Dios dejados y malditos,  
 Empezarse á mirar como prescitos,  
 Y de la gracia en fin abandonados,  
 El carácter tener de reprobados?  
 Escucha pues la voz de tu conciencia,



Y tiembla del rigor de su sentencia;  
 Aplaca los clamores y los gritos,  
 Que dan contra nosotros los delitos.  
 De este modo podrás vivir en calma,  
 Y en la vida gustar la paz del alma.

## POEMA XIX.

## LA CARIDAD.

## PARTE PRIMERA.

**L**A caridad ó la beneficencia  
 Es la virtud de Dios por excelencia;  
 Virtud tan superior y tan divina,  
 Que á las demas virtudes predomina:  
 La que mayores méritos acopia,  
 De nuestra Religion la virtud propia,  
 La que mas al mortal inmortaliza,  
 La que al cristiano mas caracteriza,  
 La basa que á las otras las sostiene,  
 La que todo su espíritu contiene,  
 De un corazon honrado el ornamento,  
 La que mas nos eleva el pensamiento;  
 Virtud en fin, para que no lo dudes,

Que es la reina de todas las virtudes,  
 ¡O caridad! ¡quién puede definirte?  
 Quién alcanza á elogiarte y describirte,  
 Virtud amable, que con nobles dones  
 Enlazas los humanos corazones;  
 Encanto dulce de las sociedades,  
 Pues haces, derramando tus bondades  
 Con una mano abierta y extendida,  
 La dulzura y delicias de la vida?  
 Virtud sublime, pues que nos elevas  
 Y á la eterna mansion de Dios nos llevas,  
 Donde tu mano franca y dilatada  
 Abre segura la celeste entrada,  
 Al corazon de Dios llegan tus artes,  
 Pues Dios recoge lo que tú repartes.  
 Virtud consoladora, que complaces  
 Y recibes mas bienes de los que haces,  
 Pues con tu liberal misericordia  
 A un corazon amante satisfaces,  
 A bienes inmortales nos conduces,  
 Y gozas de la paz y la concordia,  
 Que tú misma benéfica produces.  
 Virtud fecunda, que las otras cria,  
 De todas el espíritu y la guia,  
 Como que todas viven de tu aliento,  
 Y reciben de tí ser y fomento:  
 Abundante semilla, que prospera;  
 Alma de todas, pues la ley entera,  
 Cuando á tu empleo dulce te abandonas,



No solo cumples, sino perfeccionas.

Virtud celeste, que con alto vuelo  
A nosotros veniste desde el cielo,  
Y que al cielo tambien nos encaminas,  
Tú que un lugar excelso nos destinas,  
Que tratas como ya tu ciudadano  
Al que te sirve con abierta mano,  
Y en medio del placer que le procuras,  
Su posesion eterna le aseguras.

¡O virtud soberana y adorable!

¡Cuánto eres útil, cuánto indispensable  
Para aquel que tomar no quiere en vano  
El respetable nombre de cristiano!  
Para aquel que virtudes atesora,  
Porque la ley del Evangelio adora;  
Y que teniendo en Dios los ojos fijos,  
Aspira á ser contado entre sus hijos.

La caridad anima á la esperanza:

Ella todos los méritos alcanza,  
Y da pruebas de vida su ejercicio;  
Mas su falta, de muerte es un indicio,  
Y si algunas señales son fatales,  
Esta es la más fatal de las señales.

Por eso ¡qué no han dicho? ¡cómo hablaron  
Los apóstoles todos, que ensalzaron  
Esta noble virtud? ¡qué no dijeron  
Cuando hacer sus elogios pretendieron?  
¡Con cuánto esmero la han recomendado!  
¡Con qué fidelidad la han practicado!

¡Cómo el Apóstol joven y querido,  
Entre todos los otros preferido,  
Con dulces y sensibles efusiones  
Inflama los cristianos corazones?

Amaos unos á otros, les decia;

Y ya San Pablo desahogado habia  
Con el mismo conato, el mismo anhelo,  
Todo el ardor de su fogoso celo.  
Ayudaos, les dice, entre vosotros,  
Servios mutuamente unos á otros;

Y por esto los fieles primitivos  
Fueron tan tiernos, tan caritativos,  
Que de amor compitiéndose la palma,  
Fueron un corazon, fueron una alma.

El mismo Jesucristo nos intima

Que es suyo y peculiar este precepto:  
Da nombre al que le sigue de su afecto,  
Y hace con esto ver cuánto le estima.  
Tambien dice que es nuevo este mandato,  
Mandato digno de la nueva alianza.  
Es verdad que la mutua confianza,  
Y de la caridad el dulce trato  
Todos los siglos en el mundo han visto,  
Así puede decirse que es anciana;  
Pero la santa caridad cristiana,  
Y segun la ha mandado Jesucristo,  
Es un precepto nuevo y sublimado,  
Porque su amor divino le ha elevado  
A tal grado de ardor y de fineza.



Que nunca ha visto la naturaleza.

La dulce caridad de su doctrina

Es tan nueva virtud como divina.

Lo es por su santo Autor, pues Jesucristo

Es quien la enseña, como ya se ha visto;

Es él mismo quien la ha recomendado,

Y como su precepto nos la ha dado:

Lo es por su objeto, porque ¿a quien tenemos

A la vista, si al pobre socorremos?

¿No es Jesucristo á quien nos dirigimos?

¿No es él á quien amamos y servimos?

El nos dijo: Quien por los míos hace,

Lo hace por mí, mi amor lo satisface.

¿Qué consuelo, Dios santo! ¿qué alegría

Saber que el menor bien que mi amor haga,

Jesucristo lo acepta y me lo paga!

¿Y cuándo el mundo presentar podía

Motivo tan urgente y soberano,

Para obligar al hombre á abrir la mano?

Pero hay mas: Jesucristo es el dechado,

Que se propone para ejemplo nuestro,

Y debe ser también nuestro Maestro;

Y pues nos tuvo amor tan extremado,

No basta amar, y debe nuestro celo,

Por imitar tan superior modelo,

Amar los otros hombres por los modos

Con que nos supo Cristo amar á todos.

En fin, virtud es nueva y amorosa.

La tradicion judía figurosa,

Que amar á los amigos prescribía,

Odiar al enemigo permitía;

Pero el Legislador de los cristianos

Dice con sentimientos mas humanos:

Amarás como es justo á tus amigos,

Y yo te mando amar tus enemigos;

Porque hijo de tu Dios así parezcas,

Y tan sublime título merezcas.

Dios, siempre liberal y siempre amable,

Con amor siempre vivo, siempre estable

Da sus bienes, reparte sus favores

Entre los justos y los pecadores;

Sobre los unos y los otros llueve,

Y hace que luminoso el sol se eleve,

Dando dias tranquilos y serenos

Igualmente á los malos que á los buenos.

Así la caridad enardecida

Es la hija del cielo mas querida,

Y como bien tan grande al mundo hace,

Del corazon de Dios gloriosa nace.

Aquel en cuyo pecho fiel preside,

En el seno de Dios feliz reside;

Cubre la iniquidad de su pecado,

Y una vez que en su llama está abrasado,

En méritos y gracias va creciendo,

Virtudes á virtudes añadiendo.

La Religion la ve con tanto aprecio,

Que sin ella á las otras no da precio;

Toda virtud con ella es estimada;



Y sin ella las otras no son nada,  
 Es el carácter propio y soberano  
 Del discípulo fiel, del buen cristiano;  
 Vivo está el que en su pecho la mantiene,  
 Y muerto el infeliz que no la tiene.  
 Si pudieras hacer actos grandiosos,  
 Hechos extraordinarios, portentosos,  
 Lo que nunca el ingenio ha imaginado,  
 Transportar las montañas á otro lado,  
 Abandonar el cuerpo á los tormentos,  
 Sufrir los mas tiranos tratamientos,  
 Sin que tu corazon se desfallezca,  
 En fin, cuanto á la idea se te ofrezca;  
 Si en tí la caridad no encuentra entrada,  
 A los ojos de Dios no serás nada,  
 O si ser algo tu desdicha alcanza,  
 Blanco serás de su inmortal venganza.  
 ¡O soberano Dios! ¡Dios de clemencia,  
 De quien la caridad es propia esencia!  
 Muéstranos á los ojos un modelo,  
 Que pueda despertarnos nuestro celo.  
 Divina caridad, virtud sublime,  
 Ven á mi corazon, y haz que se anime  
 Con ese fuego que en el alma enciendes;  
 Pues que naces de Dios, de Dios descendes,  
 A inundar los humanos corazones,  
 Si á tí pueden llegar mis oraciones,  
 Responde ¡dónde estas! dime ¡quién eres?  
 Muéstrame tus sagrados caracteres.

## PARTE SEGUNDA.

¡A y Dios! que ya los veo en un dechado

Con tu divina sangre dibujado:  
 Los veo en esa cruz en que te ofreces,  
 En los tormentos que por mí padeces.  
 Amable Redentor, tú me la enseñas,  
 Tú me muestras de amor todas las señas:  
 Abrásame en su llama, tu obra acaba,  
 Y esa leccion divina en mi alma graba.

La caridad es un afecto vivo,  
 Mas sobrenatural es su motivo;  
 No la basta el amar, es necesario  
 Que ame solo por Dios, de lo contrario  
 Naturales serian sus afectos,  
 Llenos de vicios, llenos de defectos.  
 Tal vez amamos á uno, porque tiene  
 Un carácter ó humor que nos conviene,  
 Que nos alhaga, nos divierte y place,  
 Porque nos hace bien ó nos complace;  
 Mas esto no es amar como cristianos,  
 Porque así tambien aman los paganos,  
 Y los que son de Cristo imitadores  
 Tener deben motivos superiores.

Hay en el mundo muchas simpatías,  
 Conformidad de gustos y alegrías,  
 Interes, gratitud, obligaciones,  
 Y otras muchas humanas relaciones;



Esto no es caridad, todo es profano;  
 Para que nuestro amor sea cristiano,  
 Es menester que aquel que el alma siente,  
 Por Dios sea, y por Dios únicamente;  
 Que cuando á nuestros prójimos amamos,  
 A Jesucristo en su lugar pongamos;  
 Que el amor de tal modo se resuelva,  
 Que principie por Dios y á Dios se vuelva.

Así tú nos amaste, Dios eterno:  
 Interes no tenia tu amor tierno,  
 Nada de nuestra parte que te cuadre;  
 Tu bondad y la gloria de tu Padre  
 Fueron únicas causas de tu anhelo;  
 ¡Mas qué léjos estamos del modelo!  
 El amor que mostramos tan ardiente,  
 Hijo del amor propio es comunmente:  
 Somos nosotros los que nos buscamos;  
 No es difícil que amemos á un amigo,  
 Y cuando á otros tambien tal vez amamos,  
 Desde que á Dios en ellos olvidamos,  
 Mas que premio, esté amor pide castigo.

La caridad universal se llama,  
 Porque sin excepcion á todos ama:  
 No hay persona, motivo, tiempo ó lance  
 A que el precepto con rigor no alcance,  
 Y este nombre de prójimo se extiende  
 A cuantos hombres la razon comprende.  
 El corazon es vasto por un lado,  
 Y por otro muy corto y limitado;

Da su aficion á objetos extranjeros,  
 Y la niega á los bienes verdaderos.

De esto nace que siempre se limita,  
 Que con pocas personas se ejercita,  
 Que á estas pocas las ama únicamente,  
 Y es para las demas indiferente.  
 La Religion con método diverso  
 A la vista nos pone el universo,  
 Como una cosa que el Señor auxilia:  
 Dios es el grande Padre de familia,  
 Todo salió de sus divinas manos,  
 Y los hombres sus hijos, son hermanos,  
 Que al Padre adoran, que entre sí se quieren,  
 Y que á sí mismos sin dudar prefieren.

¿Quién con tan dulce imágen no se encanta?  
 ¿Quién nos pudiera dar union tan santa?

Se dice: No es posible que en el mundo,  
 De genios diferentes tan fecundo,  
 Donde se ven personas poco amables,  
 Que apenas nos parecen razonables,  
 Y que nos tratan con tan malos modos,  
 No es posible, se dice, amar á todos.

Aquel tal es injusto, es voluntario,  
 Colérico, furioso, estrafalario:  
 ¿Cómo es posible al corazon amarle,  
 Cuando apenas se puede soportarle?  
 Tal otro es de carácter peligroso,  
 De genio duro, falso y cauteloso:  
 No es posible seguirle, ni fiarse;



Un ángel no pudiera acomodarse.  
 Mas estos son pretextos é ilusiones ;  
 La caridad no admite estas razones ,  
 Y sabe que aquel hombre tan inquieto ,  
 Y que ese otro que llama mal sujeto ,  
 Y con defectos entre vicios anda ,  
 Son los mismos que Dios amar le manda .  
 No se le pide la afición sensible ,  
 Porque no es útil , ni tal vez posible ;  
 Se le pide la sólida y sincera ,  
 La que socorre , alivia y considera :  
 Pronta disposición , afectos vivos  
 De hacer á todos bienes efectivos ;  
 Y aunque los hombres no se lo merezcan ,  
 Aunque la ofendan , aunque la aborrezan ,  
 En servirlos y amarlos se complace ,  
 Pues no por ellos , por Jesus lo hace .  
 No olvida que Jesus es su modelo ,  
 Y Jesus ha bajado desde el cielo ,  
 A pesar de sus faltas y sus vicios ,  
 A hacer por él divinos sacrificios .  
 Entre todos los hombres no hay ninguno ,  
 Que no sea de Dios en el aprecio .  
 Su obra , su imágen , de su sangre el precio .  
 Mira tú si encontrar puedes alguno ,  
 Y entónces te permito que no le ames ,  
 Y con nombre de hermano no le llames ;  
 Pero pues no hallarás uno siquiera ,  
 No exceptues á nadie , y considera

Que si con uno solo estás malquisto ,  
 Lo estarás con el mismo Jesucristo .  
 También la caridad cuando es profunda ,  
 En obras meritorias es fecunda .  
 La caridad no estriba en los afectos ,  
 En las obras consiste , y los efectos .  
 El pobre sufre , el dolorido gime ,  
 Suspira el afligido á quien se oprime ;  
 Los que lo ven , lo saben y se alejan ,  
 En abandono mísero los dejan ,  
 Y á su socorro pròvidos no vienen ,  
 Sin duda alguna caridad no tienen .  
 La floja caridad , que á obrar no acierta  
 Al igual de la fe , se llama muerta .  
 La buena caridad es fervorosa ,  
 Y al remedio del mal va presurosa ;  
 No se contenta con las intenciones ;  
 No la bastan deseos sino acciones ;  
 Da socorros , consuelos y servicios ,  
 Y hace , si es necesario , sacrificios :  
 De esta manera Cristo nos ha amado ,  
 Y que así nos amemos ha ordenado .  
 Si vemos pobres , vamos á asistirlos ;  
 Si ignorantes , corramos á instruirlos ;  
 Si estan enfermos , vamos á aliviarlos ;  
 Y si afligidos son , á consolarlos :  
 Hagamos obras de misericordia ,  
 Conduciendo la paz y la concordia :  
 Esta es la caridad que Dios prescribe ,



Y el que vive con ella, con Dios vive,  
 ¡ O caridad activa y generosa !  
 A los ojos de Dios eres preciosa.  
 Mas ¡ qué poco te siguen los humanos !  
 ¡ Qué poco te practican los cristianos !  
 Lazo amable de union y de dulzura,  
 De la paz y amistad la madre pura,  
 ¡ Cómo no estorbabas tantas disensiones,  
 Guerras, enemistades y pasiones ?  
 ¡ En dónde encontrarás lugar tranquilo ?  
 ¡Cuál será tu refugio ? ¡ cuál tu asilo,  
 Si hasta la cristiandad que te venera,  
 Es tambien para tí tierra extranjera ?  
 Tú les enseñas con principios sanos  
 A vivir como amigos, como hermanos ;  
 A servirse, ayudarse y socorrerse ;  
 Mas ellos solo piensan en perderse :  
 Se agitan, se atormentan, se amenazan ;  
 La túnica de Cristo despedazan ;  
 Se matan, se asesinan y se entierran,  
 Y á tí como bandida te destierran.  
 ¡ Era para esto, Salvador querido,  
 Haber vos á la tierra descendido ?  
 Tú pretendias como Padre bueno  
 Llevar todos tus hijos en tu seno :  
 Como pastor querias que sin daño  
 Tus ovejas vinieran al rebaño :  
 Como víctima al fin, con triste suerte  
 Sufrir quisiste vergonzosa muerte,

Para darnos ejemplos, y enseñarnos  
 Con qué modo debemos gobernarnos.  
 ¡ Qué poco aprovechamos tus lecciones !  
 ¡ Quién viendo nuestras fieras divisiones,  
 Y cómo trabajamos por perdernos,  
 Por tus hijos podrá reconocernos ?  
 Hombres, que aunque de barro fabricados  
 A la imagen de Dios estais criados,  
 Amaos todos como Dios nos ama,  
 Que de la caridad la pura llama  
 Inflame nuestros tiernos corazones,  
 Y probad vuestro amor con las acciones ;  
 Amaos en la tierra con el celo  
 Con que se aman los santos en el cielo.

## POEMA XX.

**LA GRACIA SANTIFICANTE.****PARTE PRIMERA.**

**A**L hombre nada le es tan importante  
 Como bien conocer el alto precio  
 De la gracia de Dios santificante,  
 Y hacer de tanto bien el justo aprecio,